

Hubiera querido servir mejor al rey aquí; pero cuando se está colocado en segunda línea, no se puede tener sino celo.

Soy cordialmente vuestro. Escribidme, y sobre todo mandadme volver.

CHATEAUBRIAND.

P. D.

Ouvrard es el portador de esta carta; él y sus planes han complacido mucho aquí, y es hombre que bien merece ser escuchado. El duque de Wellington sale pasado mañana, el congreso se muere; y si se hubiese muerto antes de nacer, nos hubiera sacado de un gran conflicto.

Ouvrard permanece aquí y envía un correo cuya salida aprovecho para hacer llegar esta carta á vuestras manos. Su plan merece la aprobacion del príncipe de Metternich, que aborrece las revoluciones; y cree ver en él un medio oportuno para matar la de España. El conde de Nesselrode halla, por su parte, en el plan de Ouvrard el dinero necesario para llevar adelante la empresa. Ouvrard nada pide, y se limita á decir: «Reconoced la regencia, y me encargo de todo. Mi empréstito ha dado ya un golpe terrible á los de las cortes, y la Inglaterra conoce tan bien el peligro con que mi plan la amenaza, que está furiosa.» En efecto, el duque de Wellington arroja aquí rayos y centellas, y Gentz ha aconsejado á Ouvrard que no se presente en casa del duque. Ouvrard va á esperar que este haya salido, y no extrañaría que consiguiese hacer adoptar parte de sus ideas al príncipe de Metternich y al emperador Alejandro. No obstante, el príncipe verá coartada su acción por la Inglaterra. Ouvrard dice que se contentaría con el reconocimiento de la regencia por la Rusia, para llevar adelante su plan. Dice también que le importa poco que la regencia haya sido batida y puesta en fuga, puesto que le basta su nombre de regencia, y que él sabría resucitarla por medio de su oro. En cuanto á nosotros, es evidente que no podemos reconocer la regencia sino en el caso de declarar la guerra. He hecho á Ouvrard una objecion contundente: le he dicho que si la Rusia adoptaba su plan y reconocía la regencia, mientras la Francia permanecía pacífica, él se hallaría en Francia en una posición difícil, y colocaría igualmente en otra no menos difícil al gobierno, porque es evidente que las cortes nos preguntarían por qué permitíamos que un francés, agente de una potencia en guerra contra ellas, equipase, pagase y armase á unos súbditos rebeldes. A esta objecion responde que si él es ocasión de un conflicto para el gobierno, obrará desde Bruselas ó desde la misma Inglaterra, donde sabrá encontrar lo que necesite.

Todo esto puede ser quimérico; pero como me decía ayer el príncipe de Metternich: «No está en Ouvrard lo fabuloso; lo fabuloso está en los tiempos en que vivimos.»

«París, 5 de diciembre de 1822.

Mi querido Chateaubriand: no sé si podreis leer mis borroneos, porque acabo de pasar la noche en vela al lado de uno de mis hijos, enfermo desde hace quince días, y tengo los nervios en tal estado, que apenas puedo sostener la pluma; seré, por consiguiente lacónico, así en cuanto á vos como en cuanto á mí.

Os doy gracias por vuestra excelente carta del 28 de noviembre, por la oportuna respuesta que habeis dado en mi nombre en lo relativo á la independencia de las colonias. Solo tratando de este modo las cuestiones con fuerza, claridad y política, se puede evitar el verse envuelto en las redes de esos mercaderes isleños. Los ingleses representan ahora en Madrid un nuevo papel; quieren hacerse pasar como los peor vistos y mas maltratados de todos los demás, á causa de su armamento contra la isla de Cuba; pero nada

creais: ellos sacaran provecho de su expedicion, y despues se aprovecharan del estado desesperado de la península para hacerse pagar á mas alto precio los auxilios que resuelvan prestarles.

¿Sería posible que los aliados se dejasen engañar por esta política, y no viesan cuanto la sirven, mediante el intempestivo envío de las notas que han escrito al gobierno de Madrid?

Envío un correo, á fin de hacerles conocer cuánto han cambiado las cosas desde que esas notas han sido redactadas. La Inglaterra se ha desenmascarado en Cuba, en Madrid, y últimamente en el congreso, por medio de la proposicion relativa á las colonias españolas, que no ha hecho evidentemente sino con el propósito de autorizarse en lo sucesivo con esta comunicacion y reconocer á su voluntad todas las colonias que quieran concederle ventajas comerciales.

La situación ha cambiado además por la completa dispersion del ejército de la Fe y el establecimiento en nuestras fronteras del de Mina, lo que hace que el envío de las notas, la salida de los embajadores de Madrid, y el rompimiento de las hostilidades, no constituyan sino un solo y único hecho realizado en el transcurso de ocho días.

En fin, la situación ha cambiado por la experiencia hecha en nuestros fondos, nuestro comercio marítimo y nuestra industria, por la experiencia del desastroso efecto que en ellas tendrá una guerra, que debo decirlo, en oposicion con las asalaradas declamaciones de algunos periódicos, es rechazada por la opinion mas sana y mas general, al paso que es deseada y deseada con ahinco, estoy seguro de ello, por los instigadores liberales que tienen esta vez la habilidad de dejar gritar, por conducto de sus agentes subalternos que no la quieren.

Hé aquí amigo mio, en qué circunstancias nos vemos llamados á escribir una nota que, en realidad no es oportuna y que en un asunto de muy difícil y delicada direccion va á empeñaros de la manera mas favorable á la resistencia de los liberales españoles, á la oposicion de los liberales franceses y al triunfo de los liberales de todos los países.

Por otra parte, sería terrible para nosotros, y no podríamos resolernos á ello, el separarnos del emperador de Rusia, del Austria y de la Prusia para imitar á quién? á la única potencia de que tenemos tantas razones para desconfiar: la Inglaterra.

Tratad pues, mi querido amigo de evitar semejante desgracia; porque no lo dudeis, si se da inmediato curso á esas notas, se compromete la causa en cuyo favor trabajamos, y tengo mas de un dato para asegurar que se contrariará el fin que se trata de conseguir.

Por el contrario, si los aliados quieren acceder á que la medida de retirar sus embajadores de España, se remita en el momento de la ejecucion al acuerdo de la reunion en París de sus embajadores y de nuestro ministro de Negocios Extranjeros, nosotros contendríamos á la España por el temor á esta medida, y la emplearíamos en el momento oportuno. Conseguid este resultado, cuyas ventajas no tengo el tiempo necesario para desenvolver, pero que sabreis hacer valer perfectamente, porque son evidentes é inmensas. Hágasenos justicia; penétrese bien todos del convencimiento de que estamos mas interesados que nadie en la destruccion de la revolucion de España; recuérdese que no hemos retrocedido ante ninguna de las consecuencias que trae consigo la franca voluntad de esta destruccion, y no se nos impongan medidas que directamente se encaminan contra el objeto que nos proponemos.

Restame solo añadir una palabra, querido amigo. Me deciais en vuestra carta, que aquellos cuya opinion no fuese seguida en un negocio tan grave, no podrían dirigirlo útilmente; soy en un todo de vues-

tro parecer, y he probado ya que sabia decidirme. Dios quiera, en bien de mi patria y de Europa, que no se insista en una determinacion, que de antemano lo declaro con plena conviccion, comprometerá la salvacion de la misma Francia.

Adios, mi querido Chateaubriand; hubiera querido entrar en esta carta en algunos detalles; pero vos los suplireis porque, ¿quién pudiera hacerlo mejor?

Dad mis expresiones á vuestros colegas. Cordialmente vuestro,

JOSÉ DE VILLELE.»

«Verona, 5 de diciembre de 1822.

Esta es probablemente, mi querido amigo, la última carta que os escribo desde Verona, á no ocurrir imprevistos acontecimientos. Espero vuestro correo del 10 al 11, y partiré inmediatamente despues de su llegada. Los asuntos de Italia han concluido, y todo lo bien posible para la Francia, atendidas las circunstancias. La evacuacion del Piamonte empezará el 1.º de enero, y habrá terminado el 1.º de septiembre; se retirarán algunas tropas de Nápoles, y se disminuirá la contribucion pecuniaria. No habrá tribunal comun en Italia, y el príncipe de Carignan no será excluido de la corona: así, pues, quedan cumplidas las intenciones del rey.

Os he escrito extensas cartas acerca de nuestros asuntos de España; pero en el momento en que os escribo, debe estar ya tomado vuestro partido. Por esta razon, si os hablase mas de España, no haría otra cosa que incurrir en enojosas repeticiones.

Ahora, mi querido amigo, añadiré una palabra acerca de vuestros intereses particulares; mi cariño me ha adquirido el derecho de hablaros de ellos. Voy sin duda á verme precisado á marchar á Londres; no estaré en París para predicar la concordia y reuniros votos en la cámara. No es dudoso que tendreis una gran mayoría; pero no olvideis que la oposicion realista contra un ministerio realista, por débil que aquella pueda ser, es lo mas deplorable, y que á la larga triunfará. Podeis concluir todo y allanar todo, dando colocacion á algunos hombres, y seréis ministro á perpetuidad. Cuando insisto tanto en esto, mi querido amigo, ¿qué objeto me propongo? Vuestros intereses y los de la Francia. En cuanto á mí, ¿qué podría ocurrirme? Retirarme con vos, y ya sabéis que me desprendo fácilmente de los empleos. Si sucede alguna desgracia, mi querido Villele, os acordareis de los incansables consejos de una amistad tan sincera como desinteresada.

Enteramente vuestro,

CHATEAUBRIAND.»

«París, 10 de diciembre de 1822, á las 4 de la tarde.

Mi querido Chateaubriand: M. Rostschild me ofrece una nueva ocasion de escribiros, y la aprovecho en el último momento, no habiendo podido hacerlo antes. El ejército de la Fe ha sido rechazado hasta Francia por el de Mina: cerca de 3,000 soldados realistas pasan en estos momentos de Bourg-Madame á algun otro punto de la frontera por el cual van á entrar en España. Mina no tenía á sus órdenes sino unos 6 ó 7,000 hombres que ha establecido en Puigcerdá donde no podrá permanecer, porque ya las guerrillas le acosan por retaguardia. Pero resulta de estos acontecimientos, y esto lo confiesan todos los españoles á quienes hablo, que nunca los realistas españoles aunque los ayuden los demás gobiernos, pueden hacer la contrarrevolucion en España sin el auxilio de un ejército extranjero; parece además, que la direccion política indicada como punto de reunion por la regencia es demasiado exclusivo para reunir masas bastantes y en todos los puntos de la península.

Esta derrota, el conocimiento mas ó menos exacto de las disposiciones del congreso, la viveza con que ha sido predicada la guerra por algunos de nuestros periódicos, todo se ha reunido hace algunos dias para lastimar nuestra posición. Si por esto se quiere arastrarnos á las consecuencias de la inoportunidad de las notas del congreso, creo que se incurre en un error. Os lo he escrito y espero que lo que vuestro recto criterio habia presentado, lo habeis hecho valer con energía cerca de los soberanos, cuando hayais sabido que se adoptaba aquí como regla de conducta.

Adios. El correo va á marchar. Mil afectuosos cumplimientos á vuestros colegas. Vuestro cordial y eternamente,

JOSÉ DE VILLELE.»

P. D.

En Madrid los clubs estan furibundos, las cortes se moderan, y los ex-ministros y hasta el duque del Infantado estan en libertad.»

«Verona 12 de diciembre de 1822.

He recibido, mi querido amigo, vuestra carta del 5 de este mes, veinte y cuatro horas antes de la del 2 del mes pasado. No bien llegó la primera á mis manos, pasé á visitar al príncipe de Metternich, y esta mañana he tenido con él una conversacion de la mayor importancia. El emperador de Rusia me ha concedido también una audiencia, y este generoso príncipe me ha hablado durante mas de una hora con un interés verdaderamente admirable, del rey y de la Francia. El príncipe de Metternich es de parecer que me traslade á París á dar cuenta verbal de estas conversaciones. Anticipo, por consiguiente, mi viaje tres dias; iré aceleradamente y contando con el retraso al paso de las montañas, me prometo llegar del 18 al 20. Ahora diré en dos palabras que las tres potencias no retiraran sus notas y las enviarán á Madrid, concediéndonos, sin embargo, algunos dias para obrar de acuerdo con ellas, si lo deseamos. Pero conocen que el momento no es tal vez oportuno para nosotros, y que podemos desear obrar un poco mas tarde que ellas. El príncipe ha tomado en consideracion esta idea, sugerida por mí, y ya veis el partido que podeis sacar de ella. Puede enviarse una nota al mismo tiempo que las de los aliados, nota á la vez conminatoria y conciliadora. Nuestro embajador puede permanecer algun tiempo despues que se retiren los de los aliados, anunciando su marcha y la firme resolucion de la Francia de no separarse nunca de la alianza continental; pero mostrando al mismo tiempo toda la solicitud de la Francia por la felicidad de España, y rogándola escuche la voz de la razon antes de precipitarse en un abismo de desdichas. Paréceme mi querido amigo, que si se utiliza bien esta idea, puede abrirse á nuestra vista un nuevo camino; podemos arrancar á la Inglaterra el papel que se propone representar el papel de mediadora, y si se nos rechaza, la guerra quedará justificada á los ojos de todos los hombres razonables. Os explicaré todo esto y espero no se tomará determinacion alguna antes de mi llegada á París. Mañana me leerá el príncipe de Metternich el despacho que se dispone á dirigir á M. Vicent. Muy dichoso sería, mi querido amigo, si mis últimas palabras en Verona no fuesen perdidas para la felicidad de mi país.

Eternamente vuestro,

CHATEAUBRIAND.»

Estas cartas son bastante curiosas historicamente hablando, pues dan á conocer el temple de alma de los ministros cuya union y division han contribuido

mas á la prosperidad y á la pérdida de la Restauración. M. de Villele apenas veía mas que lo presente, al paso que yo apenas me ocupaba sino del porvenir. Encuéntrase aquí el primer bosquejo de mi plan para la empresa de España, tal, poco mas ó menos, como yo lo habia trazado en Londres y enviado á M. de Montmorency. Es notable que este plan sea precisamente el que proponía al gobierno actual M. Thiers, uno de los hombres mas distinguidos que ha producido la revolución de 1830; la envidia ha anticipado sus triunfos, y no ha hecho otra cosa que seguir los míos.

M. de Villele, en su última carta se muestra agitado por la perturbación de los fondos públicos, por las negociaciones inglesas relativas á la explotación de las colonias americanas, por las ideas rentísticas y mercantiles que no le abandonan, y le impiden á pesar de su claro talento, elevarse en estos momentos á consideraciones de orden superior. Conténtase con mis notas acerca de la trata de negros y las colonias españolas, porque en ellas defendiendo intereses materiales, pero no quiere la guerra; teme que si los despachos de las cortes llegan á Madrid, ocasionen inmediatamente un rompimiento de hostilidades y me pide que remedie este mal: los despachos habian sido enviados. Aferrado á mi sistema, me alegraba interiormente del envío de los documentos, los cuales despues de todo, á nada nos comprometían, y que hasta estaban deliberadamente calculados para que nada produjesen.

Resulta pues, de esta correspondencia, que yo y M. de Villele teníamos cada cual una idea fija; yo quería la guerra, él quería la paz, yo atribuía á todos los aliados los sentimientos particulares de Alejandro á fin de acostumbrar á M. de Villele á la idea de las hostilidades, al paso que M. de Villele por su parte, exagera los reveses de los realistas españoles, á fin de calmar el supuesto ardor del congreso de Verona. Yo digo al presidente del consejo que el voto terminante de las potencias es favorable á la guerra; que no se trata de la ocupación de la península, sino tan solo de un rápido movimiento; yo muestro un triunfo fácil, y no obstante sabia que el congreso de Verona no quería la guerra; temía que nuestro movimiento se prolongase mucho mas allá del Ebro, pues creía que necesitaríamos ocupar durante mucho tiempo la España para hacer un buen negocio, pero no revelaba todo, á fin de conseguir mi objeto, y me decía interiormente: «Cuando hayamos pasado el Bidasoa, será indispensable que el presidente del consejo, activo, inteligente y resuelto, marche hácia adelante.»

M. de Villele me refiere sus triunfos en el interior, y calcula los millones que tendríamos de sobra. «¿Por qué exclama el gran hacendista, vienen estos desgraciados asuntos exteriores á turbar semejante prosperidad?»

En otra carta digo á nuestro hábil corresponsal: «La Francia se ve compelida á obrar; la Rusia, cree que no llega bastante lejos, el Austria no se ha movido sino por no romper con la Rusia, la Prusia teme el menor movimiento y la Inglaterra se opone á todo.»

M. de Villele no se fija, segun parece, sino en esta frase: *La Francia se ve compelida á obrar*, sin hacer caso de las palabras siguientes, que positivamente contradicen mi aserto. Atormentado constantemente por su idea de paz, me escribe: «¿Sería posible que los aliados se dejasen engañar por esta política (la inglesa), y no viesan cuanto la favorecen con el importuno envío de las notas que han dirigido al gobierno de Madrid?»

M. de Montmorency era tambien partidario de la guerra, pero se proponía un objeto enteramente diferente del mio; su opinion era ademas muy vehemente; yo dejaba alguna duda acerca de mi determinación, porque no quería hacerme imposible, y temía

que si me descubria demasiado, el presidente del consejo no querría escucharme. Habiendo tomado en Verona la iniciativa en la cuestion de las hostilidades no hablando casi sino con el emperador de Rusia, el duque de Mattheu debía presentar por su parte á todos los príncipes como arrebatados por un furor belicoso. Supongó que una de mis cartas y otra de M. Villele, separadas de los documentos oficiales, hubiesen caído en manos extrañas; no se hubiera exclamado: «¡Ved! M. de Villele y M. de Chateaubriand dicen, el uno que *no se le dejan las dos bolas*, y el otro que *nos vemos compelidos á obrar*.» Pero esto era evidentemente falso, como lo atestiguan los documentos de Verona, como lo atestiguan nuestra última conversacion con M. de Metternich, (de que ahora hablaré), como lo atestiguan, en fin, las maquinaciones de la Alianza contra nuestra empresa durante la peligrosa intervencion en la península. La resolución secreta de dejarnos aislados estaba muy bien decidida por la mayoría del congreso, lo que no impedía que á todas horas se dijese que nos estaban *armando una zancadilla*. Alejandro era temido y se le adormecía con discursos; y al oír hablar en alta voz á los que en voz baja me suplicaban evitase el rompimiento, podria creerse que iban á entregar la España al saqueo. Y no obstante, debo repetirlo; toda la pretendida coacción se reducía á los vagos despachos de Viena, de Berlin y hasta de San Petersburgo, en los cuales domina únicamente un inmoderado deseo de la paz.

M. de Villele se vió arrastrado al combate, no por el continente, sino por la misma fuerza de las cosas. Cuando el presidente del consejo, á pesar de su prudencia, se vió empeñado en la guerra, dirigió de una manera admirable las operaciones económicas, así como yo conduje con alguna felicidad las operaciones políticas. Los fondos subieron en vez de bajar, y si M. de Villele se sorprendió ante este hecho, fue porque ignoraba el poder de un pueblo cuando se obra conforme á sus instintos. Rodeado de bolsistas, cuyo agiotage desconcertaba el estruendo del cañon, se asustaba á los gritos del especulador burlado; tenia la bondad de mirar como hombres de experiencia y de práctica á una turba doméstica de la Convencion y del Imperio, la cual metamorfoseada en nuestras victorias y se reanimaba á la esperanza de personajes de bastidores, se alarmaba al temor de nuestros desastres. ¿Qué podia temerse de los dos mundos del despotismo y de la anarquía? El primero estaba paralizado desde que la victoria habia dejado de moverle los brazos; la segunda habia sentido refrenada su energía bajo el trage de chambelan, camisa de fuerza que le habia puesto el primero.

Sin embargo, M. de Villele, tan templado, era muy resuelto cuando se le atacaba en su parte sensible. Mientras dudaba acerca de la expedición del otro lado de los Pirineos, expidió á Londres la siguiente nota. Puso si así puede decirse, el mercado en manos de la Inglaterra; pero esta retrocedió con motivo de este tratado de comercio, como retrocedió ante la Francia cuando se trató de la guerra de España.

Copia de la nota dirigida al gobierno inglés.

«El infrascrito encargado de negocios de Francia, ha recibido de su gobierno orden expresa de presentar á S. E. el ministro de Negocios Extranjeros de S. M. Británica las siguientes comunicaciones.

El gobierno de S. M. Cristianísima acaba de saber que el gabinete español en una sesión secreta de las cortes el 15 del actual ha pedido y alcanzado autorización para concluir un tratado de comercio con la Inglaterra. Añádese que durante la discusión, un orador ministerial ha presentado esta medida como un

sacrificio, por el cual podrian esperarse socorros que la situación hacia indispensables.

El gabinete de San James comprende perfectamente y aprecia los motivos que han obligado á la Francia á tener un cuerpo de observación en las fronteras de España, que en estos momentos son presa de la anarquía y de la guerra civil. Tampoco ignora este gabinete los peligros á que la persona del rey de España y su familia se hallan recientemente expuestos.

S. M. Británica ha enviado al Sr. duque de Wellington al congreso de Verona, donde los soberanos aliados se ocupan en este momento de adoptar los medios mas á propósito para poner un término á las calamidades de la España.

«En medio de tales circunstancias una negociación particular con Inglaterra produciria el infalible resultado de dar un apoyo moral á los principios que hoy rigen en el gobierno español, y cuyas consecuencias no seria fácil apreciar.

El gobierno francés no puede creer que sean tales las intenciones de S. M. B. Lisónjese de que las explicaciones sinceras que sobre este particular le dará el ministerio inglés, no dejen ningun genero de duda por lo tocante al estado actual de sus relaciones con el gabinete español. El gobierno francés espera confiadamente esas explicaciones. Los ministros de S. M. B. comprenderán fácilmente que en la situación en que se encuentra Francia respecto á España *esas explicaciones deben producir una decision inmediata de la Francia*.

Por su parte, el gobierno de esta nacion estará siempre dispuesto á dar á sus aliados, por su mediación, y por las aclaraciones que puedan desear, pruebas de las intenciones que constantemente ha manifestado de concurrir al restablecimiento del orden en la península, sin renunciar por eso, si es posible, á las ventajas de la paz que disfruta la Europa.»

XXX.

M. Ouvrar.—Carta del vizconde de Montmorency.—Principian las relaciones personales del autor con el emperador de Rusia.

«Mas ¿qué significaba esa aparición de M. Ouvrar de que hemos hablado en nuestra carta del 28 de noviembre? Con fecha 24 del mismo mes habíamos recibido de Milan el siguiente escrito de M. de Montmorency.

«Noble vizconde: he encontrado aquí á M. Ouvrar. que me ha causado algo de admiración y hasta de sentimiento por las últimas noticias de la regencia. Ya comprendéis que el interés de esta y de su empréstito es lo que motiva su viaje. Desea una carta para uno de nuestros plenipotenciarios, y os concedo la preferencia, suplicándoos que lo introduzcáis cerca de vuestros colegas. Le he aconsejado que permanezca poco tiempo en Verona donde se hablará demasiado de su llegada y que procure volver lo mas pronto posible. Decid al Sr. príncipe de Metternich que ruego que lo escuche. El todo está en buenas manos, noble vizconde. Escribid tambien por él. Estoy muy contento de las nuevas elecciones segun las noticias que me ha dado: cinco solamente han salido malas. Dios os inspire. Hablad de mí á vuestros colegas y á todo el congreso.

MONTMORENCY.»

M. Ouvrar se presentó por consiguiente con planes para derribar el gobierno de las cortes en nombre de la regencia de Urgel sin necesidad de ninguna otra potencia. Esos planes, quiméricos por lo tocante á los intereses morales, no lo eran por lo respectivo á los materiales. El banquero imaginario divirtió á M. de Metternich. La idea de hacer la guerra con di-

nero sin mas intervencion que la regencia de Urgel y desentendiéndose de la Francia, era idea que halagaba al príncipe.

El orden cronológico de los negocios nos conduce á hablar de las relaciones que el emperador de Rusia se dignó tener con nosotros. ¿Cuál es el lugar que ahora habita? El sepulcro. El czar ha desaparecido en un rincón deshabitado de su imperio: una nueva ráfaga de viento de la fortuna nos ha arrojado á otra soledad: estamos bien colocados, mas allá del mundo pasado, sobre el poco de tierra que nos sustenta todavia para hablar de la vida de un monarca cuya provechosa amistad en Verona habria sido tan útil á los intereses de la Francia. Despues de Bonaparte, Alejandro es la mas grande figura histórica del periodo napoleónico.

XXXI.

Alejandro.—Compendio de su vida.

Alejandro I, Paulowitsch (hijo de Pablo), nació el 23 de diciembre de 1777, se casó en 9 de octubre de 1793 (fecha funesta) con Luisa María Augusta, despues con Isabel Alexiowna, princesa de Baden y pasó su niñez bajo la tutela de Catalina II. Fue educado por Laharpe, suizo, si se quiere, ó francés de Lawsana. Subió al tronó en 24 de marzo de 1801; su padre apareció estrangulado en el lecho. Pablo era loco, pero no carecia de instruccion, de valor, ni de generosidad: estas cualidades, en especial la última, se reprodujeron en su hijo primogénito. Pablo fue aquel conde del Norte tan faustosamente recibido en Versailles y en Chantilly, donde ya han cesado las fiestas de sus antiguos dueños. El fin violento de un autócrata era en las costumbres rusas, como en las turcas la de un sultan: bajo el despotismo, la libertad toma alguna vez la forma del asesinato. Las virtudes de Alejandro no permiten suponer que estuvo enterado á fondo de la conjuración. Habian las cosas llegado á término que era necesario pensar en una abdicación; esto es, en lo que Alejandro pensó, pero no en la muerte; de manera que su elevación al imperio fue el resultado de un asesinato, no de un parricidio.

Los primeros actos del reinado de Alejandro anunciaron lo que era; diferentes decretos disminuyendo las contribuciones, favoreciendo la industria y mejorando el sistema financiero, fueron seguidos de otros en que se permitía á la nobleza ejercer el comercio; se perdonaban multas judiciales; se daba libertad á los detenidos por deudas, y se nombraban comisiones para dulcificar la suerte de los desterrados. Hasta en el mar de Arcangel se encontraron proscritos abrumados de miseria y de vejez, que no sabian en qué época, ni por qué habian sido encadenados en los claustros de algun helado convento. Alejandro abolió la confiscación, arregló la administración de justicia; impuso penas contra los magistrados concusionarios; exigió la unanimidad de los jueces en las sentencias de muerte; dió fin al tribunal secreto que entendía exclusivamente de crímenes políticos; fundó y organizó siete universidades; creó mas de dos mil escuelas primarias; quitó la censura para los escritos; limitó el poder de los gobernadores de provincia; destruyó la servidumbre personal en Estonia, Livonia y Curlandia, y la coartó en lo restante del imperio.

Sostuvo desde luego la paz que encontró restablecida entre la Rusia y la Francia despues de las campañas de Suwarow y de Korsakow en tiempo de Pablo I. Contrajo en 1802 una alianza que se convirtió en amistad duradera con Federico Guillermo III. Cuando Napoleón vencedor del Austria, lumilló á la Prusia, tan grande en el combate, como pequeño en la victoria, propagó aquellos triviales bofetines que calumniaban á una noble reina.

La paz de Tilsitt dió al czar ocasion de establecer